

CARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

rem, el pescador

LAS barcas del pescador se han quedado solitarias sobre la playa. Hace ya tiempo que no salen a la mar. Cumplen ahora sobre la arena una simple función decorativa o turística. Son el telón de fondo de los retratos domingueros o pedestal de escultóricas alegorías publicitarias, para las revistas en color. Y sin embargo, las barcas están ahí, alineadas, como si al día siguiente se fueran a hacer a la mar. Así quedaron dispuestas un día. Luego, no se fue a la mar y empezó para ellas la estabilización post-trera del tiempo, la inmutabilidad de las reliquias, el ocio sempiterno, la corrosión imperceptible del madero. Pudieran navegar y no lo hacen. Y así se van consumiendo en historia.

Estas barcas son siete. Cada una de ellas tiene a su costado una pequeña barca subalterna que es la que llevaba los focos de la luz y servía de piloto. La importante flota está adosada a un lado de la cala, bajo las murallas. El perfil y los bultos de esta escuadra baldía, forman ya parte de la topografía del lugar, como algo adherido a las entrañas del paisaje. Tan es así que nadie ha reclamado el lugar que ellas ocupan, considerando aquella disposición como una prerrogativa geográfica natural. Probablemente, pasarán los años, muchos más años, sobre ellas y la materia artística, utilitaria y hasta arquitectónica que son, se desleirá lentamente en los crepúsculos y en los ocasos, hasta una total putrefacción, en un naufragio lento y seco que nadie advertirá de un día a otro.

Hace unos meses nos llevamos al primitivo dueño y constructor de esta escuadra heroica e inútil. Le llamaban Rem. El Rem de Tossa de Mar era un personaje impávido de larga y jugosa historia. Rem era sin duda un sobrenombre, pero ya es curioso que en tierra de pescadores se atribuya el sustantivo remo a un personaje determinado. Sería el Rem un remo por antonomasia en los días lejanos en que despuntara por sus capacidades de pescador y de hombre de barca. Este Rem pudiera haber sido aquel "Luard el Mariner" de José María de Sagarra, un destripador de gigantes merluzas y sorprendedor de delfines y de meros palpitanes. Jugaba al dominó con ojos soñolientos por la tarde, en la taberna, y apenas si contestaba con monosílabos a las preguntas de los demás, cuando éstas venían.

El Rem no había tenido la suerte de tener sucesor varón, pero tenía siete hijas. Ejercía el dominio de su casa tiránicamente, pero con cuidado y cariño. Cenaba solo, antes que las mujeres; solo y en silencio. Llegó a sus oídos que Margarita, la mayor, había sido vista paseando con un muchacho. Se enteró de quién era y le mandó llamar. Le hizo esperar de pie, gorra en mano, sin abrir boca, para hablar con él antes de terminar su cena.

—Me dicen que sales con la Margarita...

El muchacho no contestó, o lo hizo de una forma vaga e indeterminada, que no acababa de ser una confirmación.

—¿Sales con ella o no?

—Verá, el otro día... Pues...

—Bien. Tendrás una barca con todos los aparejos, una casa en el pueblo; y de hoy en un año casados, ¿lo entiendes? De lo contrario te romperé la cabeza.

Así ocurrió sucesivamente con los noviazgos y las bodas de las seis restantes.

El paseante de la tercera hija, Conchita, no era sin embargo pescador. Acarreaba el pescado en carros desde Tossa has-

ta Blanes. Fue un compromiso para él hacerse cargo de una barcaza. No obstante, contrató a los mejores marineros de la comarca y hubo día en que batió el propio récord del viejo pescador, que sacaba chispas, enfurecido.

—¿Qué me va a enseñar a mí este hombre de tierra? ¿A mí, al Rem?

La flota de las siete hermanas navegó y hendió los mares y trajo durante muchos años al pueblo las tripas llenas de pescado fresco, saltarín en capazos y en los cubos. Ya el viejo Rem se quedaba algunas veces al paio del temporal, adormilándose en la taberna. Anochecía en su vida y se le escurrían el entusiasmo y el vigor. Le veían cabecear sobre las fichas de dominó y se le paseaban las moscas veraniegas desde el cromo de la pared a las comisuras de la boca y en la calva.

Todo cambiaba en el pueblo. El amo del café había de tener cuidado en conservar el último tazón de café para servirlo lleno, según costumbre, al viejo pescador, que no accedía a servirse de la tacita nueva con que se atendía a la novedad del café a la italiana, insuflado por una flamante cafetera exprés. Miraba a las extravagantes parejas llegadas de la ciudad, que se instalaban en la fonda los fines de semana, con unos ojuelos irónicos y sarcásticos, como si les maldijera. Solía decir de ellos que eran unos desgraciados.

Un día se enteró de que el tercero de sus yernos, el que no venía de mar, hacía reformas en su casa. Ya advertía que la barca quedaba muchas noches en la playa, cuando las otras se lanzaban a la mar. Se acercó renquendo a las obras y le descubrió en lo alto de una escalera, entre andamios.

—¿Qué es lo que haces aquí? —le increpó.

—Ya estoy harto del agua. Ganaré más duros sin moverme de casa.

Conchita, la muchacha, se enfrentó con él.

—Vamos a poner unos "chambres-rooms" para forasteros. Marcelo no sirve para el pescado.

Fue un golpe terrible para él. Le parecía que bajo sus plantas se resquebrajara los fundamentos líquidos en que había edificado su estructura vital; peor que una traición o un adulterio, aquella deserción se le antojaba sacrilega. Hurgó en el juzgado, intentó sobornar a los notarios, quiso denunciar la cesión de la propiedad de la barca que ya no navegaba. En estos papeleos le sorprendió la muerte.

Le llevamos al cementerio, entre un runruneo de resposos y bajo un sol estival hirviente. La playa estaba llena de mirones en slip y de ninfas esbeltas. Nos veían pasar como si fuéramos una aparición de ultratumba.

Las siete hijas y sus siete varones miraban el mar con una expresión átona y enigmática, como en un mutis de pesadumbre y aturdimiento. Pero al día siguiente ya no se fue a la mar. Ni al otro. Pasaron muchos días en que había, en torno a las barcas, una atmósfera de incertidumbre.

—El mar era él, sólo él —afirmaba el tabernero viendo a cada uno de los yernos acercarse a la playa, contemplar la mar, observar las barcas y volverse a su casa, rascándose la nuca.

—Sí, era él. Por eso le llamaron el Rem.

Poco a poco las casas de las siete hijas del pescador se fueron convirtiendo en fondas, en hoteles. Ahora las siete hijas del Rem tienen una fortuna y hasta hablan su poco de inglés.

—Eso del mar era en otros tiempos. ¿No ve que todo cambia? Es como si yo pretendiera ahora, con el turismo, seguir sirviendo el café en la olla. Sí, señores. El Rem era un gran tipo, no lo discuto; pero era un atrasado.